



El Excmo. Sr. D. Pedro Cebrian y Agustin, Conde de Fuenclara. Grande de primera clase en España. Sr. de varias Baronias y Villas, Cab. del Insigne O. del Toison, y R. de S. Genaro del Consejo de E. M. Comendador en el de Alcántara, de las Puellas, Mayor-domo mayor de la Reina de Nápoles, y Ser. mo Infante D. Felipe, Embajador por S. M. I. a Venecia, Polonia, Viena y Nápoles, Virrey Cab. y Cap. mo de esta N. España y Pres. de su R. Audiencia y Chancilleria, Virrey 40 años de 1743.

lit. de la V. de Murguia é hijos.

Al Conde de Fuenclara
[Signature]

CUADRAGESIMO VIREY.

DON PEDRO CEBRIAN Y AGUSTIN,
CONDE DE FUENCLARA.

Fue el último virey que por entonces tuvo la dignidad de grande de España y el título que llevaba lo habia tenido por primera vez D. Enrique de Aragon. El conde de Fuenclara se embarcó en el puerto de Rochefort el 15 de Julio de 1742; á los cincuenta y tres dias de navegacion llegó al de Guarico y prosiguiendo su viaje entró á Veracruz el 5 de Octubre, de donde salió el 9 para ir á la capital; reconoció en el puerto las fortificaciones, revistó la guarnicion y tuvo diferentes conferencias con el gobernador. Llegado á México el 3 de Noviembre, tomó posesion del vireinato sin usar de la facultad que tenia de hacerlo por apoderado y lo desempeñó con aprobacion general hasta Julio de 1746. De paso por Jalapa puso el alcalde mayor de este pueblo en manos del virey una carta circular de D. Lorenzo Boturini, en que participaba haberle llegado un Breve del cabildo de la iglesia vaticana para poder coronar con oro á la imágen de la vírgen de Guadalupe, venerada en su Santuario, donde habian de quedar las armas de San Pedro y de la casa de Esfoccia, y que para pagar el costo de la corona y los gastos de la funcion era preciso contribuireran los fieles, por lo que le encargaba influyese con los vecinos del distrito para que ocurriesen con dones de oro, plata y piedras preciosas. Apenas llegado el virey á México dispuso se averiguara judicialmente quién era D. Lorenzo Boturini y que le recogiesen cualesquiera breves, despachos y papeles, así como los valores que hubiera reunido con destino á la coronacion.

De las investigaciones resultó que era un extranjero que habia pasado á Nueva-España sin la licencia correspondiente y que al Breve se le habia dado el pase por el Real Acuerdo sin tener el del Consejo. Boturini meditaba escribir sobre asuntos de las Indias y esto lo dijo al mostrar los papeles que habia ido reuniendo para ello; enseñó las alhajas que le habian dado y no obstante su buena fé le puso el virey en las casas de cabildo en calidad de preso, y le hizo entregar las historias manuscritas, los mapas en pieles y los papeles con geroglíficos. Se mandó archivar los documentos y que se formara un resumen ó catálogo de ellos; el reo fué enviado con los autos del asunto á España en el navío «Concordia» y fueron reprendidos los miembros de la Audiencia

Por haber dado el pase. Boturini habia ido á la península para ocuparse en el real servicio y luego se resolvió pasar á México para escribir la historia general de Nueva-España y la particular de la Virgen de Guadalupe, cuyas historias encontró ya formadas por los indios, espresando el origen y peregrinaciones de sus antepasados, sus imperios y leyes civiles y militares con geroglíficos en papel de maguey, palma ó gusano y en pieles, cuyos documentos consiguió á costa de fuertes desembolsos reuniendo veinte tomos grandes y otros tantos pequeños. Apresado por los ingleses el navío en que iba y despojado de la ropa y papeles, se presentó voluntariamente en Cádiz en la casa de contratacion, de donde pasó á Madrid y á su pedimento fueron trasladados sus documentos á una pieza alta en el palacio de México.

Boturini, en cuya suerte influyeron notablemente las ideas del virey conde de Fuenclara, era natural de la villa de Sondrio, obispado de Como en Italia, nacido por el año de 1702; hizo sus estudios en Milan y luego pasó á Viena en donde residió por mas de ocho años, hasta que obedeciendo una orden de la Corte de España, acerca de los caballeros españoles, dejó el territorio austriaco al declararse nuevamente la guerra entre las dos naciones en 1733; Boturini se trasladó á Portugal y España recomendado al ministro Patiño por el infante D. Manuel. Obligado á permanecer en Madrid porque continuaba la guerra, lo persuadió la condesa de Santibañez, descendiente del emperador Moctezuma, á que pasase á Indias y en Mayo de 1735 le dió sus poderes para que cobrase una pension de mil pesos sobre las cajas reales de México. Aceptado el encargo y pensando en otros proyectos se embarcó Boturini, olvidando sacar el pasaporte indispensable á todo extranjero que pasaba á Indias, sin que por ello se opusiese nadie á su embarque ni á su entrada á Nueva-España que fué en 1736.

Llegado á México fué á visitar el Santuario de la Virgen de Guadalupe y como era natural en un viajero devoto y curioso, preguntó las circunstancias de la aparicion y le informaron de ellas añadiendo que en el dia casi no contaba el suceso mas que con la tradicion, ya porque no habian existido ó ya por haberse perdido los instrumentos auténticos de la aparicion. Boturini quiso «movido de un superior tierno impulso,» suplir esta falta buscando documentos antiguos que pudiesen servir para confirmar la verdad del milagro, y poniéndose desde luego á la obra empleó seis años para reunir los materiales, ocupándose á la vez en viajar y en tratar y familiarizarse con los indígenas para inspirarles confianza y conseguir que le descubriesen mapas y manuscritos antiguos que dejaron ocultos sus mayores, empresa muy árdua si se atiende al carácter de los indios. Al buscar Boturini los documentos que probasen el milagro de Guadalupe, hallaba con mas frecuencia otros importantísimos para la historia de Nueva-España y que no tenian relacion con aquel, y con tal hallazgo se propuso escribir la historia antigua de este país sin abandonar su primer intento sobre el milagro de la aparicion, haciéndose de una inestimable coleccion de manuscritos y pinturas antiguas, cuyo mérito se conoce por los inventarios que se hicieron al recogerle sus papeles. Retirado al Santuario de Guadalupe en una pequeña ermita, se dedicó con ardor al estudio, pero habiendo solicitado de Roma el que se le concediese coronar públicamente su imágen favorita con una corona de oro y concediéndosele la gracia, dió la casualidad que los despachos llegaron sin el «pase» del Consejo y como se se dificultaban las comunicaciones porque el mar estaba infestado de corsarios, ocurrió Boturini á la Audiencia que le dió dicho «pase» sin dificultad.

Teniendo que hacer Boturini todos los gastos de la funcion y no poseyendo capital

se dirigió á los obispos, deanes y cabildos, á las Audiencias de Guadalajara y Guatemala y á porcion de autoridades y personas particulares, pero los auxilios que recibió fueron insignificantes. Por esa época llegó á Jalapa el virey conde de Fuenclara y aconteció lo que hemos referido. Boturini se presentó al Consejo de Indias para que se le castigara si era culpable y en caso contrario se le indemnizara de los perjuicios que habia sufrido. El Consejo reconoció su inocencia y consultó que debia concedérsele una pension por el trabajo que habia empleado en recoger tantos documentos; fué nombrado por el rey historiografo de Indias con mil pesos de sueldo, y se le concedió que volviera á México y se le devolviesen todos sus papeles para que pudiese escribir la historia que meditaba; pero la devolucion de los papeles no llegó á tener efecto, ni Boturini quiso regresar á México; permaneció en España trabajando en la composicion de su historia y por el mes de Abril de 1749 presentó al Consejo el primer tomo con el título de «Cronología de las principales naciones de la América septentrional,» y antes de imprimirlo, para lo que tenia licencia, le sorprendió la muerte. Los papeles del difunto pasaron á poder del Consejo que mas tarde los remitió á la secretaria del vireinato, y aunque fueron reclamados por los herederos de Boturini, así como los sueldos que habia devengado, el valor del museo y el producto de la impresion del primer tomo, nada pudieron conseguir aun despues de muchos años. El tiempo y el abandono acabaron con dichos papeles; dejó escritas tres obras: «La idea de una nueva historia general de la América septentrional,» la «Cronología» arriba mencionada y otra sobre fundamentos acerca de la aparicion de la Virgen de Guadalupe.

Habia mandado la Corte que si por accidentes de la guerra llegaba á Nueva-España el conde de Fuenclara sin título, fuera sin embargo reconocido como virey: tan solo identificando la persona, así como habia sido recibido el duque de la Conquista. Segun Panes, era el conde de Fuenclara de natural muy pacífico y afable, cuidadoso del aseo, limpieza y bienestar de la ciudad, estimulando con sus buenos modos á los vecinos para que concurriesen á estas obras útiles. Rematóse en su gobierno por siete años el estanco de la nieve en quince mil quinientos veintidos pesos, negocio muy malo para el erario pues solamente en la capital producía quince mil pesos; el juego de gallos que proporcionaba grande diversion y que segun el P. Cabo trae su origen de China, quedó en veinte mil por nueve años; concurría á ese espectáculo mucha gente de la mas selecta de la sociedad.

Casi al tomar posesion del gobierno el conde, arribó á Acapulco el galeon de Filipinas, nombrado «Nuestra Señora de la Cobadonga,» y hecha la feria como de costumbre, el virey y el Consulado dieron orden de que se embarcaran los caudales en el galeon que se habia detenido el año anterior y que estuviere listo para darse á la vela al comenzar la primavera, reservando para el tiempo acostumbrado la marcha del navío que acababa de llegar y así se verificó llevándose un mes de diferencia. Entretanto George Anson, que se habia ido á abrigar en las islas Marianas, supo allí que no habia salido de Nueva-España el galeon y desde luego resolvió retirarse á la China á carenar el «Centurion» y retornar en el siguiente año suponiendo hacer dos en lugar de una presa, consolándose con tal esperanza de las vicisitudes que habia sufrido en aquel viaje, pues no solamente habia perdido los demas navíos de su escuadra, sino tenido que incendiar el navío de guerra «Glocester.»

Hecha la reposicion del «Centurion», en Typa, despues de ejercer mucha vigilancia por haber sabido que los comerciantes de Manila querian incendiarlo por medio

de los amigos que tenían en Canton, se dirigió á este punto donde esparció la voz de que marchaba á Batavia y despues á Inglaterra; pero saliendo al mar hizo saber á la tripulacion que iba en pos de los galeones que habian de arribar á Filipinas, cuya noticia fué tan bien recibida que por tres veces victorearon al capitán los suyos, y habiendo descubierto el 20 de Mayo el cabo del Espíritu-Santo en la isla de Samal, que era la primera que buscaban los galeones de Nueva-España y donde se ponian atalayas desde la primavera para advertirles si habia ó no corsarios en aquel mar, se presentó á esa altura sin acercarse á tierra y al cabo de un mes apareció el galeon «Nuestra Señora de Cobadonga» y puso la proa en demanda del «Centurion» cuyas intenciones conoció; la batalla comenzó luego que ambas embarcaciones estuvieron á tiro de cañon y fué muy reñida durante dos horas disponiendo ambas partes de iguales armas; pero aunque los españoles eran en mayor número, su navío que estaba mas bien destinado á la carga, no podia usar de la artillería ni hacer las evoluciones navales con la prontitud del «Centurion.» Largo tiempo estuvo dudosa la victoria, hasta que Anson dispuso que se colocaran en las gabias treinta fusileros de los mejores que tenia para que no dejaran á ningun español en el alcázar y combes del galeon; esto decidió el combate en favor de los ingleses, teniendo ya los españoles ciento cincuenta fuera de combate y arriaron bandera; cuando el corsario iba á tomar posesion de la presa, le avisaron que se habia dado fuego á la pólvora que tenían los artilleros y que el incendio se comunicaba á las obras exteriores del «Centurion;» Anson disimuló cuanto pudo su sobresalto, y ya apagado el incendio pasó á ocupar el galeon á cuyo bordo dejó unos cuantos marineros para las maniobras, trasladando al «Centurion» y encerrando en una bodega mas de trescientas personas de todos estados y calidades. Registrado el navío capturado fueron encontrados un millon trescientos trece mil ochocientos cuarenta y tres pesos y en barras cuarenta mil cuatrocientos sesenta y tres marcos, haciendo los piratas poco aprecio de las preciosas mercancías de la Nueva-España. Anson, entristecido al saber del capitán español que el otro buque habia salido para Filipinas un mes antes, se dirigió á Filipinas. El virey y el Consulado fueron acusados de la pérdida del galeon «Cobadonga,» suceso que se supo en México hasta el siguiente año de 1744, señalábase por causa la falta de prudencia, diciendo que si hubieran ido juntos los dos galeones no habria acontecido la fatal pérdida.

Hallando el virey á su regreso un corto caudal en las cajas, procuró cubrir siquiera los gastos de la tropa y socorrer las islas y presidios de Barlovento y la escuadra del general Rodrigo de Torres; pero faltándole recursos aun para esto, solicitó un préstamo de millon y doscientos mil pesos del Consulado y del comercio, ofreciendo para el pago las rentas de alcabalas que tenían arrendadas; con esa cantidad y otras recogidas de varias cajas y cien mil pesos que adelantó el conde de S. Pedro del Alamo, hecho entonces mariscal de campo, se completaron los gastos espresados; aun habia una falta considerable para cubrir todos los demas de la administracion, siendo mayores las dificultades en cuanto á que la guerra en España exigia gastos considerables que no podia hacer sin la ayuda de las colonias, de donde para extraer algun dinero eran necesarias muchas precauciones. Uno de los principales fondos que recibia España era el relativo á la Cruzada de vivos y difuntos que estaba destinado á la propagacion de la fé católica y esterminio de los infieles; las predicaciones de ella se hacian entonces cada dos años; pero las anteriores lo habian sido en cada uno. Todos los navíos de guerra llevaban por lastre cantidad considerable de cobre para moneda y artillería.

Habiéndose retirado de Puerto-Bello el almirante Vernon á causa de una fuerte epidemia, dispuso el virey que las milicias que estaban en Veracruz regresaran á sus respectivas jurisdicciones, tanto para evitar gastos á la Real Hacienda como para impedir siguieran ejerciendo las enfermedades sus estragos en un clima tan enfermizo; en el puerto quedó la tropa de pié fijo formando el cuerpo de dragones y el de infantería, y en las poblaciones cercanas listas las milicias para marchar tan pronto como fuera necesario, ordenando el virey se tuviera la precaucion de hacer pasar á Orizava las arcas reales y las de particulares tan luego como las circunstancias lo exigieran y enviar los ganados hácia el interior, pues cada día eran mas temidos los ingleses. A fines de Febrero, 1744, se dió una batalla en los mares de Provenza que tuvo influjo en el porvenir de Nueva-España. Mandaba las escuadras aliadas de Francia y España Mr. Decourt, quien dispuso darse á la vela en aquel día; pero al hacerse á la mar chocaron los bajel franceses el «Leopardo» y la «Volage,» por lo que ambas escuadras dieron fondo en la ensenada de Santa Margarita; al día siguiente 20 volvieron á ponerse en movimiento y se mantuvieron bordeando las islas de Hieres en las cuales permanecia fondeada la escuadra inglesa al mando del almirante Mathews. Saliendo los ingleses se empeñó la batalla el día 22, contando los españoles y franceses con veintiocho navíos y los ingleses con veintinueve, y habiendo sufrido mucho ambas partes se retiraron y luego fueron reforzados los ingleses.

España tenia gastos de mucha consideracion con los ejércitos que sostenia en Italia y Saboya, en la escuadra del Mediterráneo y en el apresto y habilitacion de las fuerzas de mar y tierra que sostenia en Indias; para cubrirlos solicitó el rey un préstamo de dos millones de pesos á cada uno de los estados secular y eclesiástico, pues para este último obtuvo del Pontífice Benedicto XIV el permiso necesario. El valor anual de las rentas de Nueva-España era de tres millones trescientos ochenta y tres mil novecientos setenta y ocho pesos, y lo que necesitaba para sus compromisos ascendia á cinco millones ochocientos doce mil, por donde se ve que habia una diferencia de cerca de dos y medio millones, cuya falta se cubria con productos de la Cruzada y algunos donativos y anticipaciones del comercio. Con esto el virey, á pesar de sus deseos de remitir á España algunas cantidades, no podia lograrlo, ni mejorar en nada el estado del erario; solamente el presidio de Veracruz que antes presupuestó ciento cincuenta y dos mil pesos, habia subido á mas de cuatrocientos mil, y la Armada de Barlovento gastaba sobre cien mil pesos mas de lo presupuestado. Además de los gastos exigidos en Europa habia que hacer otros originados de la necesidad de desalojar á los ingleses de varias islas entre ellas las de Ruatan, Guanaja y Masaquera, dictando para ello órdenes el secretario del Despacho de Indias, guerra, marina y hacienda, marqués de la Ensenada, cuyos mandatos dispuso el rey fueran obedecidos como si él mismo los dictara.

En el Atlántico seguia muy perjudicado el comercio á causa de la guerra que con furor continuaba, inundándolo escuadras enemigas que impedian á los españoles la carrera de Indias. Por estas razones subieron de valor en Nueva-España todos los efectos á tal grado, que fué preciso que los obispos publicaran pastorales y que se acordase la reduccion del adorno de las iglesias; pero no obstante tan mal estado, el conde de Fuenclara se manejó de tal modo que México no se resintió tanto como era de esperarse de lo que pasaba; poco á poco aumentó el producto de las rentas reales rematando el estanco de pólvora, salitre y agua fuerte por diez años en setenta y un